



HERODES, aunque no se crea, cantó el gordo de la lotería del Niño cuando era pequeño, allá por el 52 a. d. J., y fue asimismo director de una Casa Cuna antes de alcanzar el poder político, social y económico. Hombre de suaves costumbres y de carácter sosegado, no tenía más aficiones que la nigromancia y la estrellería, y él mismo practicaba el arte del horóscopo, bajo seudónimo, en un periódico de la localidad. Frente a la versión difundida por los Reyes Magos, existen hoy fundadas sospechas de que en la manzana de criaturas fue el instrumento inconsciente de la derecha monárquica, cuyos motivos para el general y lamentable infanticidio no han sido publicados todavía en España.

HISTORIAS REALES

EL Caballero de la Mano al Pecho, del Greco, se llamaba don Ginés Téllez del Robledal, y fue el primer amigo que tuvo el Greco en Toledo cuando llegó hasta allí a causa de la patada que le dieron en Grecia los coroneles griegos de entonces. La primera versión del célebre lienzo, censurada furiosamente, daba, como en la que hoy conocemos, el Caballero de la Mano al Pecho, aunque no al suyo. Cuando Felipe II vio el cuadro, y, consiguientemente, la cara de satisfacción de don Ginés, envió al modelo una epístola conminatoria a la que pertenece una frase que se ha hecho célebre: «No la toquéis más que así es la rosa». El Greco, atemo-

rizado, quitó la mano de don Ginés del pecho ajeno colocándola en el del propio caballero, cuyo rostro se ensombreció repentinamente. Y esta es la versión que conocemos.

LA fusión entre indios y españoles en América fue más bien una transfusión de sangre contaminada mediante un circuito de doble dirección. En realidad fuimos más dadvivos que los salvajes, pues mientras ellos nos dieron poco más que la malaria, nosotros les dimos la viruela, la tosferina, la tuberculosis y la difteria. De ahí la teoría según la cual muchos indios rehusaron

convertirse al cristianismo para evitar encontrarse en el cielo con los españoles.

EL velado reproche que el fascismo chileno acaba de hacer a Salvador Allende me recuerda la inacabable serie de sustituciones violentas que constituyen el proceso de la monarquía visigoda. Aquella aristocracia de oftalmólogos se sacaba los ojos mutuamente con una facilidad envidiable, tal vez para que no se viesen morir. Pero lo cierto es que Chindasvinto, y no digamos Vitiza, intentaron la vía visigoda al socialismo, que fracasó prácticamente por las mismas razones que fracasó el otro día la vía chilena. ■ LICANTROPO.

